Frufrús y encajes

Autor(en): **De Semont**

Objekttyp: **Article**

Zeitschrift: **Textiles suizos [Edición español]**

Band (Jahr): **- (1948)**

Heft 1

PDF erstellt am: **29.05.2024**

Persistenter Link: https://doi.org/10.5169/seals-797813

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.
Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.
Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

Ein Dienst der *ETH-Bibliothek*
ETH Zürich, Rämistrasse 101, 8092 Zürich, Schweiz, www.library.ethz.ch

http://www.e-periodica.ch

Frufrús y encajes

Ya desde hace años la ropa interior femenina carecía de fantasía, y esa pizca de misterio, indispensable a la tradición tan llena de gracia del «deshabillé» se sacrificaba a un ideal perezoso de lo práctico que amenazaba con ir matando poco a poco toda feminidad...

La moda ha cambiado todo esto ; la influencia de «Bella época» que ha rozado nuestras faldas, alargándolas de un golpe de varita mágica en unos veinte centímetros, que afina nuestros talles por encima de las caderas al mismo tiempo que redondea estas últimas, no podía seguir desinteresándose de nuestra ropa interior... Para nuestra perdición, en las sendas recorridas por la moda, florecen nuevas y vaporosas tentaciones : níveas enaguas, pantalones con volantes, adornos perturbadores que resucitan los encantos de una época que creíamos perdida para siempre...

Sobre un antiguo tema que, mucho antes que a nosotras, hizo el encanto de nuestras abuelitas, vienen a entretejerse variaciones delicadas y modernas. Corsés, cubrecorsés, nada queda olvidado en este frufrutante desfile. Claro es que hay que distinguir entre corsé y corsé, y los de ahora no tienen más que lejanas semejanzas con aquellas argollas de cutí que ahogaban a las elegantes del pasado siglo causándolas desvanecimientos. Bautizados con los nombres de «guêpières», alusión a las avispas que se comprende al tratarse del talle, «serre-taille», ceñidor, y «balconnet», balconcillo, cuyo nombre no es fácil de explicar, ya que lo que ahueca son las caderas, nuestros corsés, ideados por los mismos modistos, serán de satén y de encajes, apenas más anchos que una cintura ancha, y más bien destinados a afinar el talle sin perjuicio del busto y de las caderas que podrán permitirse una mayor morbidez. El «cubre-guêpière», trabajado con cordoncillo, conserva de su antepasado el cubre-corsé la tan divertida pequeña faldilla en forma de abanico que, bajo el vestido marcará redondeces de tontillo o guardainfante.

El éxito obtenido por la falda de corola hacía inevitable el renacimiento de las enaguas. Esto es ya un asunto decidido y, cada vez más, se tiende a que éstas suplanten las «combinaciones» bajo el traje de tarde. Ensanchadas por frunces y secciones, todas las enaguas se terminan por vuelos de puntillas o encajes que, indiscretos, se descubren bajo las faldas... Darán nacimiento a un nuevo ademán, el de levantar la falda, recogiéndose, no ya disimuladamente, sino con un gesto gracioso y deliciosamente femenino. Quizás tengamos que aprender a guardar en aquellos grandes bolsillo que se llamaban faltriqueras, con las que nuestras bisabuelas estaban tan familiarizadas, el rojo para los labios y la polvera, las cartas de amor y el pañuelo de encaje... Y, ¿porqué no ? después de todo lo que estamos viendo.

El linón, las telas de hilo y de algodón vuelven a descubrir las gracias llenas de frescor de los bullones, de los encañonados. Los pasadores son de rigor en todas partes, perverso pretexto para dejarnos entrever una cinta de terciopelo negro, serpenteante, anacrónica y llena de encanto, evocando las audacias del cancán francés.

Este amor por las frivolidades tenía que extenderse también a los pantalones que, aunque modernizados por las lenceras más célebres, no deja de evocar las livianas seducciones de aquella época contemporánea del «Vals de las Rosas»... También los pantalones llevan adornos de volantes bordados y mil complicaciones perturbadoras. De linón o de muselina, llevan frunces, se abullonan, van adornados de entredoses, de pasadores, de minúsculos pliegues, de calados, de incrustaciones... Como antaño, muchos de ellos ajustan por encima de la rodilla bajo una liga calada ; otros, vaporosos como los tontillos de las bailarinas, realizan mil locuras que hacen espumear a placer la nívea espuma de sus volantes.

La candidez de los camisones de noche nos llenan de admiración... El satén cede su puesto a las muselinas y a los linones inmaculados : cuellecitos redondos de encaje, mangas largas cerradas por un puño ajustado, ...¡ la vampiresa se vuelve ingenua ! Frunces, abullonados, encañonados y plieguecitos no dan abasto para disimular la transparencia de esas telas de algodón frescas y románticas como una alfombre de flores primaverales.

Cierto es que las puntillas siguen floreciendo sobre el reflejo de los rasos, los puntos de París siguen dibujando sus arabescos caprichosos sobre un fondo de crespón con suavidades de nácar, pero en la temporada nueva dará su preferencia a los linones adornados de bodoques y de calados así como a la brumosa transparencia de los «ópalos».

Aun sigue siendo al misterio del corte al bies al que recurren las faldas para expansionarse, y lo ajustado del busto marcando el talle confiere todo su valor a tan graciosas amplitudes... Son ilusiones, indudablemente, pero nos son indispensables para idealizar toda la elegancia femenina, y quizás se encuentre próximo el tiempo en que las mujeres preferirán la tibia y perfumada atmósfera de un gabinete o boudoir, al confort frío de un «studio» moderno, para que sirva de fondo a tanta feminidad renovada...

Comtesse de Semont.

El eterno empezar, y empezar de nuevo

Dícese siempre que la moda es un eterno empezar de nuevo. ¡ Ay ! También lo es la vida. En definitiva, nada es nuevo, pero el tiempo sabe refundir, adaptar, corregir todo aquello que puede serlo, y que, inspirándose en lo que ya ha sido, sabe crear lo que ha de llegar a ser...

El pasado es una Musa que puede guiar a los poetas y a los artistas que dirigen la Moda : fabricantes, creadores y modistos intrépidos.

He aquí como ejemplo un grabado antiguo encantador de hacia la época de 1850 y que puede ser interpretado por los modistos de 1948, después de transcurridos 100 años, confeccionando una falda con volantes de organdí pegados sobre un traje de tafetán con reflejos azules y rosas de los tonos suaves y que tan bien visten, adoptados por las elegantes de ahora. Los volantes parecen ser lo más indicado para los trajes de noche, largas y amplias, ahuecados por enaguas almidonadas que hagan juego y de las cuales veremos muchas en las nuevas colecciones.

Juliette Ferrant.